

Protagonistas de carne y hueso: los personajes de *Cuesta arriba*¹

Julio C. da Rosa

I. Advertencia

Estos apuntes me han sido solicitados con cierta premura, por lo cual he debido escribirlos en escaso tiempo. Como el oficio ha sido siempre muy lerdo («pesado, torpe en el andar», según el DRAE), todo esto ha salido bastante más que crudo y desordenado, pues ha sido hecho a golpes ciegos de evocación y todavía desprolijamente zarandeado. En consecuencia, sospecho que pueden faltar aquí datos más útiles que muchos otros, de pronto superabundantes y hasta tediosos. No sé si habré logrado —pese al esfuerzo— evitar la repetición de cosas ya dichas en libros, conferencias, reportajes, etc.

¹ Este texto forma parte de un conjunto mayor, hasta ahora inédito, que lleva por título «A propósito de *Cuesta arriba*», compuesto por una advertencia del autor y dos acápites: «De aquí, allá, esto y aquello» y «Anotaciones sobre los cuentos del libro». A esta última parte pertenece el fragmento que aquí se publica.

A principios de 1994 le pedí a mi padre que dejara por escrito el riquísimo anecdotario que rodeaba personajes y escritura de algunos de sus cuentos, que ya formaban parte del patrimonio oral que nos había legado. Aceptó la solicitud no sin cierta reticencia, que obedecía tal vez a una resistencia casi intuitiva a congelar en un relato aquel fluir vivificante del manantial de su memoria, que nunca manaba de la misma vertiente. Ocho meses después me entregó el pedido: consistía de un manuscrito de 43 páginas que incluía una autobiografía con muchos detalles de su actuación que nunca consideró como de interés público, y un moroso relato de las circunstancias que acompañaron la creación de los cuentos de *Cuesta arriba*. Mucho tiempo después pude reunir esos originales con tres borradores precedentes, donde se puede observar el intrincado camino que fue recorriendo para encontrar no el cómo sino el qué decir y el qué no, párrafo a párrafo. Tal vez, sin proponernos, ese fue el comienzo del enlentecido camino que fuimos recorriendo, en los siempre escasos años que siguieron, para despedirnos. Juan Justino da Rosa.

II. Acotaciones sobre los cuentos del libro

1. «Acarreador»

Entre tantos personajes pueblerinos en Treinta y Tres del Olimar tuvimos a Pandorga, un ya veterano vendedor de pan que conducía en cestos colgados de ambos brazos. Campuso, desgarrado, lentes oscuros (a veces sin uno de los vidrios), pantalón bombilla, saco cortón, alpargatas n.º diez. No le conocí familiar alguno; Francisca (Pancha), la mujer que figura en el cuento es de fabricación puramente imaginativa. Pandorga (de apellido Gorosito, totalmente borrado entonces) se enfurecía al oír ser llamado por aquel ya definitivo apodo. Un buen día abandonó el oficio panaderil y, de buenas a primeras, aparece al frente de un carro viejo de dos ruedas y dos varas, tirado por una yegüita flaca —a la que él mataba a palos— haciendo de acarreador, primeramente de cualquier cosa, y luego, de mercadería clasificada y con destino, que llegaba a la estación del ferrocarril. Recuerdo que la gente murmuraba que, para estimular la yegua, Pandorga le ponía lentes verdes o le colgaba una zanahoria frente al hocico. Un buen día, Pandorga desapareció del pueblo y, comentando el caso, mi tío Bruno [da Rosa] me contó que aquel había heredado un pedazo de campo en la 7.ª Sección, cerca de la ciudad y que, incapaz de trabajarlo, lo había vendido a causa de que estaba muy viejo y que no servía para otra cosa que para criar teruteros y lechuzas. Partiendo de esos datos, inventé el resto del cuento. De Pandorga, tiempo después, tuve preciosas informaciones que bien pudieron dar lugar a otro relato: se vino para Montevideo y aquí lo vi frecuentemente, con su misma pinta y bajo un gran sombrero de pajilla vendiendo diarios en 18 de Julio, entre Río Negro y Yaguarón, de donde vuelta a vuelta andaban correteándolo los canilludos. Si se encontraba con algún treintaitresino, le daba un afectuoso saludo y le preguntaba «cómo andan por allá». Otro buen día de varios años después, reapareció en el pueblo, jubilado y luciendo un buen pelecho, aunque también muchos años más, paseando orondamente en un petiso malacara —bien ensillado y gordazo— del que se bajaba frente a cualquier pastizal, sentándose a mirarlo comer o ambulando con el gorro sobre los eternos espejuelos negros. Conservo una hermosa foto de él y del petiso, que me regaló Marisa Berriel de da Rosa, junto a muchas más de personajes solariegos, tomadas por su esposo, mi tío Balbino da Rosa, muerto hace tiempo.

2. «Peso muerto»

Quando allá entre 1949 y 1953, vivíamos mi mujer y yo en la calle La Gaceta 1274 —en casa que antes habíamos ocupado con mis padres, mis hermanos y yo (soltero)—, tuve dos pensionistas que hicieron época: mi hermano Cristino y mi primo hermano Aramís Núñez. De Cristino, seguramente hablaré, larga y entrañablemente, algún día, cuando medio haya cerrado el tajo brutal que me abrió su absurdamente sorpresiva caída en esta irremediable pérdida de su presencia buena y bienhechora, a la que comparo con la de un gran árbol solariego, a cuyo abrigo y sombra uno pasó casi toda la vida. Los dos éramos como hermanos que, de tanto quererse, dos por tres andaban trezándose —mate a mate— por culpa de nacionales y peñaroles, gardeles y magaldis, canaros y darienzos. Yo andaba tratando de agregar algunos cuentos que me faltaban para completar *Cuesta arriba*. Aramís venía gustándome como posible candidato a personaje. En su haber de tal, me acompañaban preciosos recuerdos de nuestras infancias de primos carnales muy ligados afectuosamente, pues nuestros padres tuvieron una sociedad pecuaria y vivíamos a menos de una legua de distancia. Obraban en mi poder, además, tentadores datos de sus andanzas juveniles de changa en changa, allá en los pagos viejos; de sus percances en la escuela de aviación; de su llegada a mi casa; de su empleo como pintor de barcos en el puerto de Montevideo; de su permanencia junto a nosotros, mediante el pago de lo que comiera y usara, a cambio de su promesa de estudiar ingreso al liceo y luego seguir otros cursos, pues yo tenía fundada fe en sus evidentes capacidades. Todo esto venía funcionando a pedir de boca para mis propósitos, hasta el mediodía en que invité a Aramís a tomar mate en mi escritorio, con la no revelada intención de completar informaciones, para redondear el trabajo narrativo ya casi completo. Proseamos un buen rato de cuanto había, durante el cual la cosa marchó maravillosamente. Pero apenas empecé a tironearle más jugo sobre aquellas lindísimas alternativas de la vida cuartelera, que integran el cuento, mi primo, reaccionando como contra una verdadera ofensa, se levantó bruscamente de su asiento y, caldera y mate en manos, me roció: «Hijuna gran puta, vos me estás haciendo un cuento». Y se mandó mudar. Debió transcurrir un par de semanas, para, luego de muchas explicaciones y disculpas y de asegurarle yo a mi primo que el protagonista del cuento en gestión, no llevaría su nombre, el cuento salió. Lo cierto es que el cuento le gustó a mi primo; lo mostró a cuanto pariente y conocido tenía; es más: salió

en busca de Gabarret² y, según me contó, entre ambos se divertieron a carcajada limpia, leyendo la trabajosa historia.

3. «Cuento de negros»

A Felipe Larrosa, su mujer Demira y el hijo de ambos, Raúl, los conocí a eso de mis seis o siete años, en casa de mis abuelos paternos, por donde deben haber pasado no menos de quince familias (treinta y tantas personas) de gente negra. Muchos de ellos y ellas nacieron, vivieron, se reprodujeron y hasta murieron allí. El pueblito Los Ceibos, al que alude el cuento, estaba habitado casi totalmente por vivientes de dicha raza. Rancherío miserable de donde salían gurises y mayores que se desparramaban por las estancias. Escribí una novela corta —*Tiempos de negros*— en la que pretendo mostrar la pobre vida de aquel conglomerado humano, que poco a poco fue desapareciendo por cruzamientos e inmigraciones, pero entre el cual hubo personajes que, no obstante las limitaciones de sus respectivos ámbitos de acción, supieron destacarse en artes (especialmente la musical), artesanías, habilidades camperas (grandes jinetes) y marcadas dotes caudillescas. Volví a contactarme con Felipe y los suyos, allá por la década de los treinta, hasta que ocurrió lo que se cuenta aquí («Cuento de negros»), sobre su retorno a Los Ceibos, viudo, viejo y enfermo. Conversando un día, de algo así como 1950, Felipe y sus aconteceres, tío Chico me contó (a su modo de inolvidable prosegador inventivo) el episodio de la lectura del cuento de las carreras; cuento este que, si no recuerdo mal, era de Serafín J. García, publicado, tal vez, en *Mundo Uruguayo*, que se podría rastrear en alguno de los libros de dicho autor. El argumento me sirvió para armar, a mi vez, este al que me estoy refiriendo. En alguna de sus cartas, Morosoli resaltaba la frase: «se hizo piedra contra un rincón». Todo lo demás es, también, producto de la urdimbre imaginativa de que también es capaz el más realista (regionalista) de los narradores.³

² Gabarret es otro de los personajes del cuento que invita al protagonista a venir a inscribirse junto con él en la Escuela de Aviación de la Fuerza Aérea, en Pando.

³ Este cuento obtuvo una mención en el mismo concurso organizado por la revista *Asir* en el año 1951 donde obtuvo el 2.º Premio con el cuento «Bichero» (ver nota 10), n.º 25-26, diciembre 1951-enero 1952, pp. 48-52. En su juicio crítico como miembro del jurado, Guido Castillo hace algunas certeras observaciones de orden lingüístico: «Hay una verdadera asimilación del lenguaje campesino, y una búsqueda muchas veces feliz de la poesía del habla popular. Yo creo que el autor debe saber hablar de esta manera y más aún, que ella debe

4. «Loco»

Este semirracional y corazonudo María Pío Baladán fue, en vida, uno de los más queridos seres de cuantos pueblan mi obra cuentística. Apenas lo vi en el boliche de al lado de la escuela por primera vez, a mis nueve años, lo conocí debido a la fama que entonces tenía allá. Integrante de una familia de gente muy pobre, de veinticuatro hijos, a la cual estuvo vinculada la mía, pues su padre hacía carbón que mi padre le compraba y varios de sus hermanos fueron mis condiscípulos:⁴ Miguel (el mayor), Carmelo, José (mi compañero de banco) y Justo (el menor, que tenía una mancha color violáceo en la frente, debida a un antojo insatisfecho de uva o de vino de la madre, poco antes de tenerlo). A Miguel y a José los perdí, enseguida y definitivamente, de vista; con Carmelo (empleado de una carnicería) y Justo (funcionario policial), me reencontré allá por 1933, al llegar yo a la capital del departamento, para iniciar mis estudios secundarios. De aquel primer contacto con el personaje de este cuento, me llevé la visión de un casi animalejo extraño, especie de Cuasimodo en miniatura, medialengua, pelo de cojinillo, uñas como garras descomunales y rajaduras tan hondas en los talones descalzos, como nunca más llegué a ver.

Yo fui a parar en casa contigua a la escuela n.º 25 del barrio España (en esquina cruzada con el Hospital) conocida por escuela del Altillo, pues era uno de los dos o tres edificios con segundo piso en aquellos tiempos: famosa, además, por estar dirigida por mi tía Ema da Rosa. La casa estaba habitada por la directora, su hermana Ecilda (Chicha), el esposo de esta, Justino (sastre),⁵ el hijo de ambos Iván Justino (varón) y la Tina (Agustina Sosa), hermana de Andrés Sosa (Capuera), personaje del cuento «Pueblereada» de mi libro *Camino adentro*; Balbino (Chato) da Rosa⁶ y yo, estudiantes pensionistas;

ser en el fondo su habla natural, la que le sale más gustosa de la boca, pues de otro modo no podría escribir como escribe como no sea poseyendo un artificio tan encomiable poéticamente como la naturalidad. La constante utilización de giros populares adquiere frecuentemente el valor de una intensificación poética de la lengua, salvándose casi siempre de la mera exageración costumbrista» (pp. 74-75).

⁴ Mencionados en el capítulo inicial de *Mundo chico* (1975), cuando presenta los alumnos que concurren a la escuela.

⁵ Justino Lagreca.

⁶ Tío paterno del autor, ya mencionado en las notas sobre «Acarreador»; era el hermano menor de su padre. Es el mismo familiar que se menciona

María Pío Baladán, acercado clandestino, a quien cierto día habían sorprendido durmiendo en un salón [de clase].

Llegué hasta allí, canario redondo —casi gigante— de trece años, zapatos n.º 44, vestimenta ridículamente fuera de moda, aspecto de potrillo bagual y huraño. Esa estampa extravagante y tosca, me hizo víctima de risión semejante la que producía Baladán, sobre todo entre la gurisada. Eso nos acercó y más de una vez hubimos de enfrentar juntos las provocaciones, incluso a pedrada limpia. Se soldó así una amistad tan fraterna que llegó a complementarnos recíprocamente: a él los milicos vuelta a vuelta lo andaban atajando aquí y allá; yo, en cambio, con tamaño cuerpo y un bozo bastante precoz, pasaba fácilmente por mayor y, bajo mi responsabilidad de tal, le cubría la persona en boliches y bailongos de allá abajo.

En la casa donde parábamos, Baladán era el encargado de llamarnos en hora, a Balbino y a mí, y prepararnos el desayuno haciendo fuego en un brasero. Característica exclusivamente suya, entonces, era la de una carcajada descomunal que, a menudo y por lo que fuera, lo atacaba de tal forma, que solía quedar poco menos que desmayado, riéndose barullentemente durante largos ratos, pues cuando se levantaba atacado por la risotada, muchas veces nosotros nos íbamos al liceo sin desayunar y allí quedaba Pío dele soplar el fuego y carcajearse.

En Semana de Turismo, Carnaval y feriados largos, mis tíos dejaban a Baladán a cargo del caserón compuesto de varias habitaciones familiares, los tres o cuatro grandes salones de la escuela, inmensos patios, quinta, baños y demás dependencias. No obstante saber todo el mundo que el guardián se pasaba toda la noche, armado de una respetable cuchilla de cocina, no faltaba quien intentara asustarlo golpeándole puertas y ventanas, gritándole y, en ocasiones, entrando al predio por encima de los tejidos. Cierta noche, Pío le dejó a uno blanqueando el fémur de un soberbio tajo; cierta otra tuvo a uno encerrado hasta el amanecer en un cuarto de baño, bajo la amenaza de achurarlo, a pesar de que el rehén era conocido, se

anónimamente en «Marca de pueblo», de *Recuerdos de Treinta y Tres* (1961), que lo llevaría por primera vez a la llamada Escuela de Varones de la ciudad: «A la escuela me iba a llevar un tío. Un tío que entonces, para mí, de tío no tenía nada. Apenas me llevaba cuatro o cinco años; y claro, la ventaja de canchero viejo en el pueblo. Pero francamente, yo no hallaba que eso fuera ser un tío».

nombraba a grito pelado y pedía clemencia por todos los santos. Eso le dio fama de valiente y, aunque haya servido para medio equilibrar sus frustraciones psíquicas, siempre salía perdedor. Fuimos tan fraternos amigos que, cuando en 1939 me vine para Montevideo, nos despedimos entre fuertes abrazos mudos y lagrimeados. Cada vez que yo volvía a Treinta y Tres estaba esperándome y nunca faltaba en la ONDA,⁷ a la hora de mi regreso.

En 1949 me casé y pocos meses después me traje a Baladán de paseo por varios días a la casa de La Gaceta 1274. Se hizo gran camarada de mi mujer, quien, a fuerza de mucha perseverancia, lo enseñó a firmar. Se hacía sus grandes fiestas estampando la rúbrica en las libretas de los repartidores de encomiendas y en cuanto papel en blanco le caía a mano, incluso los márgenes de los diarios.

En el barrio se volvió un explosivo de alegría y cuentos. En el almacén de Vicente Lamas, donde nos surtíamos, Pío armaba grandes alborotos con sus risotadas insolentes y más de una vez hizo enojar a alguien por carcajearse en plena cara. Hubo allí quien le pagaba por verlo correr a lo largo de la cuadra o lo llevara a pasear o a presenciar cualquier espectáculo, solo para divertirse a costa de sus excentricidades y provocaciones.

Hablando en cierta ocasión de bueyes perdidos, me contó el caso de una señora, cuyo nombre había olvidado, pero a quien evocó con verdadera simpatía. Él le hacía mandados y ella lo recompensaba con dinero y algunos regalos. Solían reunirse durante largos ratos proseando y proseando, riéndose y riéndose a toda felicidad.

Cierta ocasión en que se encontró perdido en pleno Montevideo, sin más datos sobre su paradero que los que era la casa del sastre Lagreca⁸ y que esta quedaba frente a una plaza con piscina, recorrió la ciudad durante horas buscando orientarse. Contaba que más de uno a quien preguntó, ofreciendo aquella magra información no pudo aguantar la risa y quedó golpeándose el índice contra la sien. Después de mucho andar, un guarda de tranvía, baquianazo

⁷ Organización Nacional de Autobuses, empresa de transportes de pasajeros y encomiendas que tuvo el monopolio de los traslados por carretera al interior del país entre 1935 y 1991.

⁸ Justino Lagreca, tío político del autor y marido de Ecilda da Rosa.



María Pío Baladán.

de Montevideo, consiguió orientarlo a lo largo de quince o veinte cuadras, claramente diseñadas en papel.

Motivo de su preocupación era el tema de la locura. Trataba de explicarla diciéndonos que los sesos se le volvían agua a quien la padeciera; agregaba que él se sacudía la cabeza y no percibía el menor sonido a cosa líquida.

Gustaba pasarse horas enteras, noche adentro, escuchando música y bailando solo, como un poseso. Sin embargo, jamás pudo hacerlo abrazado a otra persona, pues se le enredaban los pies con los de esta e iban a parar ambos al suelo, según pude observarlo muchas veces en los quilombos.

Era gracioso escuchar a Pío contar algunas incidencias en los trámites que debió cumplir para sacar su pensión por incapacidad, especialmente la de los tests a que fue sometido. Lo habían instruido para que diera las contestaciones más extravagantes posibles a las preguntas que le hicieran: «tenían que ser bien desgolletadas», explicaba. Dijo, por ejemplo, que tenía mil y pico de años de edad y más de quinientos hermanos; que había nacido allá por la gran puta y vivía en el culo del mundo; que pesaba mucho más que un toro con las bolas puestas; que comía alpargatas viejas bien doraditas al horno. Remataba, claro, riéndose como un descosido.

Tengo la grabación de su carcajada descomunal. Pero algo que, por lo imprevisto del hecho, lamentablemente no pude registrar, fue una conmovedora escena que presenciamos con mi hermano Juan Carlos, un mediodía en el que, acompañados por Pío, en casa entreteníamos la espera del llamado a comer, conversando y rascando una guitarra que allí había. Como se expresa en el cuento «Loco», él vivía cismando con la madre, durante el largo período en que estuvo enferma. En la ocasión a la que me estoy refiriendo, hacía ya tiempo que ella había fallecido. De pronto, Baladán se abrazó del instrumento y, en medio del entrevero de sonidos que logró arrancarle, se puso a improvisar a toda voz, una especie de doloroso bramido, lleno de inconexas invocaciones y recuerdos de todo tipo vinculados con la muerta, que, tras un par de minutos, lo dejó sumido en un largo vagidito de pobre animal desolado.

Cuando nació mi hijo en 1953, quisimos con la madre llevarlo enseguida a Treinta y Tres, para hacerlo conocer por los familiares cercanos, otros parientes y amigos. Entre los primeros de estos



Ansín, el hombre flauta.

estuvo María Pío Baladán, a quien tuvimos el gusto de entregar al gurí en custodia durante muchas horas de varios días. Y otro gran gusto: el de hacer, en su compañía y en la de mi muy querido primo Raúl Núñez (hermano de Aramís, el de «Peso Muerto»), un largo viaje en sulqui por lugares de mis querencias serranas. De ese viaje recogí un par de fotos, que guardo como reliquias; una, tomada por Raúl, en la que posamos Pío, el sulqui, el caballo y yo; la otra, de Baladán bañándose desnudo en aguas del Yerbal (Paso de la Calera), tomada por mí en forma clandestina, pues él rehusaba mostrar su cuerpo deforme, de sexo atrofiado y totalmente peladito hasta en la pelvis.

Debo decir que, a través del personaje Olivera, el estercolero del cuento, me propuse crear un ser humano que, aunque mucho quise serlo, nunca pude lograrlo en la vida real a lo largo de mi amistad con Baladán: esto es, alguien que, sin necesidad de mucho superarlo física, mental, socioeconómicamente hablando, constituyera la elemental apoyatura piadosa, que tanto el personaje de ficción como el ser de carne y huesos, necesitaron, aquel para ser verosímil y este para vivir.

María Pío Baladán, tras un largo período de absoluta inconsciencia, ya casi no hablaba y frecuentemente lo encontraban perdido, a pocas cuadras de su casa, llorando por no saber quién era ni adónde estaba, murió octogenario largo, hace dos o tres años. No quise visitarlo en aquel estado suyo; no quise ir a verlo agonizar y morir, no quise asistir a su velorio y a su entierro. No sé si a tales determinaciones me empujaron inexplicables cobardías, propias, a esta altura, de «los ríos que van a la mar» o mi absoluta seguridad de que, en las referidas instancias, mi imperecedero amigo de tantos y tantos memorables tiempos fue tratado con el cariño que él merecía, por mucha gente que lo quiso como él siempre precisó ser querido.

El cuento «Loco» ha tenido buena acogida en mucha gente, incluso por casi todos los contertulios de *Asir*.⁹ A don Santiago Dossetti le gustaba de veras, la exclamación del personaje del cuento («mi madre no muere a oscuras»), que —debe saberse— la recogí de los propios labios de Baladán, humano que llegué a conocer. La profesora Graciela Olarreaga escribió una hermosa monografía sobre mi cuento «Hombre-flauta», cuyo protagonista es, también, un

⁹ El cuento fue publicado por primera vez en la revista *Asir* n.º 27-28, mayo-junio 1952, pp. 57-64.

hombre con profundas deficiencias físicas y, sobre todo, mentales. Conversando con ella, al respecto, surgió el tema de estos pobres personajes —más conocidos en ciudades y pueblos del interior del país, porque en Montevideo se diluyen—, le mencioné, entre otros, el de este Baladán de «Loco». Días más tarde, me comunicó que le había gustado más que el otro y que, ya tenía que escribir a su respecto.

Debo agregar que sobre Baladán escribí en 1978, con motivo de un concurso que se realizó en Treinta y Tres, a propósito de la creación del liceo, cuyo tema era «Un personaje de Treinta y Tres», saqué el 2.º Premio (el 1.º lo sacó el Dr. Pablo Troise, escribiendo sobre Serafín J. García). Mi trabajo está, hasta ahora, inédito.¹⁰

5. «Bolichero»¹¹

Este cuento figura al final de estos apuntes, juntamente con otros que considero los menos logrados de *Cuesta arriba*. En materia bolicheril debo expresar que guardo el recuerdo de una muy sentida inclinación de mi lejana infancia. Me seducía el ambiente de un

¹⁰ Se conserva el original mecanografiado; el cuento fue presentado con el seudónimo Juan Solito y tiene fecha del 17 de febrero de 1978. Transcribimos el fragmento inicial: «Como la de la mayor parte de la gente de nuestro departamento, la vida de María Pío Baladán se divide en dos partes: la campesina y la ciudadana. A esta altura el pueblerito le va ganando al canario, en Baladán, por no menos de quince años de ventaja: pues —se asombre quien se asombre— habrá de saberse que Pío hoy no baja de las setenta y seis primaveras. Más inviernos que primaveras, habría que decir.

De la primera parte de aquella “porretada” de inviernos, aunque mucho es lo que debe suponerse poco es lo que se sabe: que nació en el Avestruz Chico, octavo o noveno hijo, entre veinticuatro, de un paisano siempre gritón y peleador tan pronto contra las escaseces de la tierra y del cielo, como contra las injusticias de Dios y de los hombres, y de una mujer que parecía nacida solo para dar hijos, fuera para criarlos como se pudiera, fuese para enterrarlos y llorarlos uno tras otro, hasta que los últimos diecisiete que le iban quedando la enterraron a ella una tarde desde la cual hasta ahora, Pío se quedó llorándola —“¡Qué vieja aquella vieja!”, decía, y se quedaba más triste que un eucalipto seco—; que acosado por los rigores de la tierra, el cielo, Dios y los hombres, el padre cambió las doscientas cuerdas de campo por allá, por una lengüita de piedra y chilca en medio de las Sierras del Yermal; que a los pocos años, y ya quemado como con grasa hirviendo, don Lino Baladán debió cambiar aquella miseria por lo que fuese: malvendió campo y bichos, metió la mujer y los hijos en un carro, y se largó sierra afuera en busca del pueblo. Y aquí empieza la segunda parte de la vida de María Pío Baladán [...]».

¹¹ Publicado inicialmente en la revista *Asir* n.º 21, abril 1951, pp. 46- 50.

boliche de campaña y se me hacía cierto verme en el quehacer de dependiente. Entre mis juegos preferidos de gurí figuraba —después del de hacendado—, justamente el de bolichero. Vuelta a vuelta andaba inventando boliches, para venderles distintas mercaderías a mis hermanos. Hacía el mostrador con una tabla apropiada; con dos palos en T, unas piolas y dos latas colgantes quedaba pronta la balanza para pesar artículos comestibles de almacén, todos hechos con arena, tierra, ladrillo molido, etc.; una regla vieja para medir trapos, piolas, alambres, guascas; un frasco chico para medir líquidos teñidos, a imitación de bebestibles y afines. Cobraba en pedazos de vidrio de distinto color y tamaño que hacía tintinear en cualquier recipiente convertible en cajón de monedas, o en cédulas o chalas (hoy billetes), hechas con papel recortado a tijera. Toda la mercadería se entregaba a la clientela envuelta en papel de diario al mejor modo del manipuleo usual en el oficio. El tema del cuento me lo sugirió José María Viera,¹² asegurándome que la gente le llamaba El Boliche de la Chancha Mora y que era absolutamente cierto el origen del mismo. Agregaba Viera que una media tarde se allegó hasta allí en busca de ingredientes de cigarro y mate: «—Deme un paquete de Rio Novo, Silverio. —No me queda, don Viera. —Cualquier otra hebra negra, entonces. —¿Querrá creer que se me acabó —Y rubio, ¿cuál tiene? —Ni para remedio, esté... —Papel Jaramago, alquitrán, el que sea. —Otra vez me pegó en el ojo. —Bueno, entonces voy a llevar un par de cebaduras de la yerba que tenga. —De nuevo va a tener que disculparme, compañero viejo».

6. «Bichero»

Este cuento obtuvo el 2.º Premio del concurso organizado por la revista *Así*; en 1951,¹³ en cuyo jurado estuvieron Mingo Bordoli, Arturo Sergio Visca, Guido Castillo, Dionisio Trillo Pays y Líber Falco. Alfredo Dante Gravina provocó grandes discusiones en el

¹² José María Viera fue un peón de campo de su familia en Sierras del Yermal, cuyo nombre era evocado vuelta a vuelta por mi padre con mucho afecto.

¹³ El concurso fue convocado en 1951, para narradores que tuvieran obra publicada en libros, diarios o revistas, con el propósito de «dar a conocer nuevas firmas y alentar la promoción de la nueva generación literaria». El autor obtuvo en el mismo concurso una mención con el cuento «Cuento de negros». En la revista se incluye el juicio crítico de todos los jurados sobre todos los cuentos premiados y con menciones (n.º 25-26, Montevideo, diciembre 1951-enero 1952, pp. 18-22).

seno del grupo, por entender que merecía el 1.º Premio, que fue otorgado al excelente cuento «El daimón de la casa López», de Selva Márquez, lo cual yo aprobé con absoluta convicción. El hecho dio lugar, asimismo, a una polémica recogida por nuestra revista (y no recuerdo si por alguna otra publicación), entre el profesor de Literatura, Dr. José Enrique Etcheverry y la dirección de aquella, representada por Washington Lockhart y Domingo Luis Bordoli.¹⁴

El cuento «Bichero» recogió el tema argumental de otro, titulado «La orden del superior», con el que yo debuté en letra de molde en el género, pues fue publicado por la revista *Mundo Uruguayo*,¹⁵ dirigida entonces (1942) por don Orestes Baroffio. Jamás olvidaré las sucesivas emociones: 1) la cálida recepción de Baroffio a un casi adolescente desconocido, con aspiraciones de escritor (actitud que siempre he procurado tomar como ejemplo); 2) su notable entusias-

¹⁴ La polémica se inicia a partir de un artículo de José Enrique Etcheverry comentando el fallo de los concursos de cuentos que las revistas *Asir* y *Número* habían convocado tiempo atrás («Dos concursos de cuentos», en *Marcha*, 27 de junio de 1952). El crítico hace un pormenorizado análisis de los resultados, destaca la actuación de los tribunales y coincide en la relevancia que tienen llamados de esa naturaleza para el estímulo y la promoción de la actividad literaria. Discrepa con el fallo del jurado que le otorga el 1.º Premio al cuento de Selva Márquez, «El daimón de la casa López», que había obtenido la unanimidad de votos del tribunal de *Asir*; a pesar de contar con más observaciones negativas que positivas en las fundamentaciones del jurado, en disonancia con las que obtuvo el cuento premiado en segundo lugar («Bichero», de Julio C. da Rosa), que acumuló más notas positivas que negativas en los juicios del tribunal, aunque hubiera contado solo con tres votos a favor. La diferencia valorativa no hubiera pasado a mayores si el crítico no deslizara una interpretación de ese resultado con un juicio de indisimulada intención beligerante: «Quizá la razón de la decisión final deba encontrarse no ya en motivos de orden puramente literario sino de política literaria en cuanto, tal vez para desvirtuar el rumor de la excesiva tendencia nativista de la revista, se prefirió relegar a segundo término un cuento de cumplido y auténtico sabor de tierra adentro, claramente superior, a nuestro concepto, al que mereciera la distinción máxima». En la siguiente edición de *Asir* de ese mismo mes («Algo más sobre el concurso», en *Asir* n.º 27-28, mayo-junio 1952, pp. 87-89) la redacción de la revista da cuenta y razón de cada una de las observaciones del crítico y desafa su malevolencia con una benevolente consideración: «No debe haber meditado bien el alcance de sus palabras quien eso ha escrito. Las afirmaciones transcritas tienen un alcance moral del que, presumimos, el crítico no ha tenido conciencia». El encontronazo tiene fin con un nuevo artículo de Etcheverry en *Marcha* («Un redactor de *Asir* opina», 25 de julio de 1952) que deriva sobre temas tangenciales y una nota aclaratoria de *Asir* en el mismo semanario (12 de agosto de 1952).

¹⁵ Montevideo, 22 de octubre de 1942.

mo al leer, en mi presencia, aquella primigenia criatura, presentada en público a instancia casi imperativa de Manuel Cabanela Vaz, viejo amigo a quien, entre muchas entregas de su afecto, debo la de su permanente lucha para vencer mis ancestrales timideces; 3) la publicación del engendro, tras largos meses de ansiosísima espera y su llegada a mis manos ocurrida no sé en qué jueves de octubre de aquel año, en un quiosco de Maldonado y Eduardo Acevedo (frente a la vieja estación tranviaria), luciendo, para colmo de expectativa, una ilustración inolvidable de Centurión.

Los policías eran dos hermanos y el bichero el padre de ambos.

7. «Juan Velorio»

Fue este mi primer cuento publicado en *Asir*,¹⁶ enviado por Morosoli junto con los dos o tres más que le mandé, en compañía de la primera carta que le escribí.¹⁷ Carta sobrecargada de elogios al maestro que me había abierto el nuevo rumbo narrativo que yo iniciaba en aquel momento. «Amigo Da Rosa: no me llame Maestro porque no nos vamos a entender»; me hablaba de varias cosas y, entre ellas, de la revista *Asir*. Con esas cartas se inició una correspondencia que duró hasta su muerte el día 29 de diciembre de 1957, cuando, tras jubilarse e ir a visitar Ticino (Suiza), lugar nativo de sus padres, pensaba dedicarse exclusivamente a escribir. Ese material epistolar lo doné a su viuda, Luisa Lupi y está en la Casa de la Cultura de Minas.

El cuento fue totalmente imaginado, a causa de la imborrable impresión que me produjo, al poco tiempo de llegar desde mis pagos a la ciudad de Treinta y Tres, la casi morbosa costumbre de visitar cuanto velorio había, de un conocido mozo cajetilla, a cuyo nombre de pila, la gente le fue agregando justamente el de Velorio. Nada tienen que ver con él, ni el protagonista y sus hábitos, ni el argumento ni el marco ambiental de la narración.

¹⁶ *Asir* n.º 15, junio 1950, pp. 54-56. En la reseña previa Domingo L. Bordoli confunde la procedencia del autor: «Da Rosa es un nuevo cuentista minuano que, en la misma línea de Morosoli, junto a Eugenio Martínez, se hunde en la entraña viva de lo popular. Podrán observarse sus cualidades de humor, su seguridad plástica, su simpatía por el lenguaje callejero [...]».

¹⁷ Los cuentos publicados eran «Un hijo» (en los originales lleva el nombre «Un machito», fechado el 15 de julio de 1949) publicado en la revista *Labor* (órgano oficial de CUTE), 26/215, agosto-noviembre 1949 y «Cosas de negro», con seguridad publicado en la misma revista, en fecha cercana a la anterior.

8. «Carbonero»¹⁸

Aprendí a hacer carbón —digamos, de artesanía— en compañía de mi padre y bajo la conducción de uno de los más completos e inteligentes siete-oficios campesinos que conocí, llamado Jacinto Brun. Primero hay que elegir el palo, luego voltear el árbol (en aquel tiempo, solo a fuerza de hacha); trozar del mismo modo, toda la madera aprovechable por el grosor; acarrearla; armar cuidadosamente el horno, luego cubrirlo de una gruesa capa de tierra bien compacta; prender y propagar el fuego de leña completamente verde; hacer ronda de tres días con sus noches, para mantener el fuego contra los derrumbes que pueden frustrar la cocción a vapor; desparramar el brasero ya pronto y apagarlo a fuerza de tierra o arena bien secas; finalmente, embolsar el carbón seleccionado a mano llagosa de quemaduras.

Conocí poca pero muy recordable gente de vida montaraz, de cuya reciedumbre y gran sabiduría pude recoger preciosos recuerdos. Uno a quien estuve amistosamente ligado durante años, fue Floricio Vaz, hermano del Canario Francisco (Chico), el protagonista de mi cuento «Contrabandista» del libro *Camino adentro*. Floricio era carbonero de larga carrera; se pasaba prácticamente todo el año en las islas del Cebollatí, donde monteaba, hacía grandes quemas y vendía considerable cantidad de carbón. Se instalaba allí en cómodos y seguros benditos de paja y, a la par del oficio, cultivaba huertas donde vi choclos, sandías, melones y diversas legumbres viciosas en el humus profundo y humedecido.

La actividad carbonera me nutrió, pues, de experiencia y personajes que utilicé en este cuento y en mi novela corta *Rancho amargo*, publicada en 1977.

9. «Buey viejo»

Tomado de mi conocimiento a fondo de mucha pobre gente a quien frustra la vida hereje, la infelicidad y las limitaciones propias de las más variadas carencias.

El cuento le gustaba mucho a Roberto Ibáñez. En cambio, a un querido amigo, escritor criollista y muy conocedor de la vida del

¹⁸ Publicado por primera vez en *Asir* n.º 23-24, agosto-setiembre 1951, pp. 59-61.



El autor junto a sus personajes de *Tiempos de negros*, circa 1965.

campo, le repelía —con indisimulado asco— el excesivo realismo del pasaje en que se describe la cuereada de la vaca muerta, podrida y agusanada.

10. «Margarito»

Cuento también inventado sin modelo vivo a la vista: es decir, echando mano a datos obtenidos de la vida real del hombre campesino en su medio, sus virtudes, sus defectos.

11. «Sirvienta»

Este cuento fue hecho apelando a tres fuentes: la memoria, la imaginación y la convivencia temporaria con una contraparieta que, tras una media vida de servidumbre y porrazos, vino a parar de limpiadora en nuestra casa, para luego jubilarse y encontrar marido. Antes de irme al trabajo, y mientras la demás gente dormía, ella y yo tomábamos mate y proseábamos mano a mano. A la interminable cadena de sus recuerdos de pobrecita y rigoreada gurisa campesina, le agregué eslabones de casos parecidos que conocí y de mis todavía no suficientemente sobadas cualidades inventivas de narrador. A mi interlocutora no le ocurrieron, pues, muchas de las peripecias de la protagonista del cuento (los muchos hijos, la larga estadía en Montevideo con las solteronas, etc.); pero sí le ocurrieron infinidad de cosas dignas de contarse, pero que recién contaré. Tuvo, ya cincuenta, un novio veinteañero, chofer de ómnibus, con quien se encontraba todos los fines de mes y entre ambos se parrandeaban, en el boliche más a mano, los pesitos que ella cobraba por sus conchabos.

Cuando quedaba sola en casa se hacía sus grandiosas farras de vino o de lo que hubiera con alcohol, en medio de pedos fenomenales. A fuerza de cepillo y escoba y con los consiguientes resbalones y caídas a todo cuerpo, fue arrasando, hasta terminarlo, el estoc de regalos quebrables y rompibles de nuestro casamiento. Cuando se fue de casa, mi mujer suspiró aliviada. Yo, en cambio —sin perjuicio de mi pesar por semejante asolamiento de obsequios de boda—, sentí nostalgias por la ausencia de aquella cuasi parienta, proveedora de tanto y tanto material narrable; me duele no haber sabido, hasta ahora, nada más de ella. Pero mire que la recordamos en reuniones evocativas con mi mujer.

12. Varios

«Bolichero» (ya tratado), «Un hijo», «Solterón», «Ceferino», «Chacarero» y «Cosas de negro» son cuentos que, en general (unos más que otros naturalmente), a esta altura de los tiempos, al autor le resultan verdaderamente flojos por desaparejos y desperdiciosos. Todo lo cual atribuye a las carencias y chambonadas propias de un aspirante del oficio, muy ganoso, sí, pero aún muy torpe y maturrango en el manejo del riquísimo acervo de materiales de excelente contenido contable de que siempre dispuso.

Al concluir mi cumplimiento con los encargos que se me hicieron para que hilvanara los presentes apuntes y ante el evidente carácter autobiográfico de los mismos, me apresuro a decir «he dicho». Ello, porque me asusta suponer que todo esto pueda considerarse como una incursión, de mi parte, en los territorios de las memorias. No tengo aprensión alguna respecto de ella y doy fe de que no me disgusta leer alguna de las que otros escribieron. Mas, en cuanto a escribirlas yo, juro que no pienso comenzar a hacerlo, sino después de mis cien o más años de andar por la vida, cosa de ya haber uno alcanzado la elemental madurez que esa tarea exige.

Montevideo, 22 de agosto de 1994.